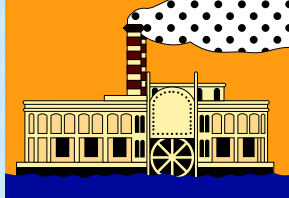


EL BARCO



DE VAPOR

Juan Muñoz Martín

Fray Perico, Calcetín y el guerrillero Martín

serie

FRAY PERICO



sm

Primera edición: abril 1994
Vigésima edición: octubre 2005

Dirección editorial: Elsa Aguiar
Ilustraciones y cubierta: Antonio Tello

© Juan Muñoz, 1994
© Ediciones SM, 1994
Impresores, 15
Urbanización Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

CENTRO INTEGRAL DE ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 12 13 23
Fax: 902 24 12 22
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

*A Julio y a Paqui,
y a mis sobrinos Julio y Ana Matilde,
que tan bien conocen estos lugares
donde sucede esta verdadera historia.*

¡ALBRICIAS!

Ya están todos los frailes aquí, ya están otra vez en el conventillo. ¡Ah! Pero ¡cómo están las paredes! ¡Qué agujeros en las tejas, qué desconchones por los pasillos! Los frailes ni siquiera se quejan. La guerra es así. Cogen los cubos y las paletas y se ponen a tapar los agujeros.

Pero la guerra no se ha ido. Volverá como esas moscas inoportunas que no quieren marcharse.

Y una tarde ocurre algo insólito. Cuando todos están en su tarea, llega un hombre, un bandolero de los montes, huyendo del acoso de los franceses. Es un guerrillero, un hombre que hace la guerra por su cuenta contra todo el ejército de Francia.

Y, otra vez, fray Perico tiene que ensillar el asno y salir al campo, como don Quijote, para remediar, con su bondad y caridad, los horrores de esa locura humana que se llama guerra.

Ojalá que esta vez consiga nuestro fraile encontrar, entre las encinas y los olivos quemados, esa paloma blanca y huidiza que sólo tiene tres bellas letras: la PAZ.

1 La sopa de ajo

¡Y la alegría llegó al convento!
¿La alegría? ¡Qué lagrimones los frailes, al ver el convento medio caído, los trastos por el suelo, las tejas rotas, las puertas y ventanas medio quemadas! ¡Dichosa guerra! Pero como había que seguir, fray Pirulero bajó a la cocina, fue a hacer la sopa para la noche y se encontró sin cacerola. Buscó otro puchero y lo encontró lleno de agujeros, buscó la sartén y le faltaba el mango, buscó la harina y ni harina, ni arroz, ni lentejas. Todo estaba en el suelo, donde los ratones comían a dos carrillos.

Lo primero que hizo fray Pirulero fue coger la escoba y aparte de dar diez o doce escobazos a los ratones, que no alcanzaron a ninguno, barrió la despensa, la cocina, el pasillo y la fresquera hasta que quedó como un espejo. Luego fue a ordenar los cacharros. Al que no le faltaba un asa, le faltaba el mango o la tapadera; a la mesa le faltaba una pata, tres a la artesa. Las jarras, los vasos y las escudillas estaban desbocados, y el que no, tenía unas resquebrajaduras y unas rendijas que lo hacían sonar a casajo.

Fray Pirulero fue entonces por un jamón o una ristra de longaniza, pues había que festejar el re-

torno al convento, y casi le da un patatús. Estaba la despensa vacía. No digo la verdad: quedaban los clavos en las paredes. No había ni chorizos ni longanizas. ¿Dónde estaban las sartas de salchichas? ¿Y los pernils y las costillas y el tocino?

El pobre fray Pirulero no sabía qué hacer. Allí, en una cesta, quedaba lo que nadie había querido. Unas cebollas ya medio secas, unos ajos, unas hojitas de laurel y, en la alacena, unos frascos de cominos, de hierbabuena y un poquito de perejil más seco que un nabo.